
BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION
DE LOS
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXXVII.

DON LEANDRO DE MORATIN.

LA COMEDIA NUEVA.
EL SÍ DE LAS NIÑAS.

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º
1877.

Madrid, 1877.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3

LA COMEDIA NUEVA.

PERSONAS.

Don Eleuterio.
Doña Agustina.
Doña Mariquita.
Don Hermógenes.
Don Pedro.
Don Antonio.
Don Serapio.
Pipí.

La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.

El teatro repres nta una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera á la habitacion principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

La accion empieza á las cuatro de la tarde y acaba á las seis.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, PIPÍ.

(*Don Antonio sentado junto á una mesa, Pipí paseándose.*)

DON ANTONIO.

Parece que se hunde el techo. Pipí.

PIPÍ.

Señor.

DON ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que arma tal estrépito? ¿Son locos?

PIPÍ.

No, señor; poetas.

DON ANTONIO.

¿Cómo poetas?

PIPÍ.

Sí, señor: ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino; ¡uh!

DON ANTONIO.

¿Y con qué motivo se hace esa francachela?

PIPÍ.

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

DON ANTONIO.

¿Con que han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

PIPÍ.

Pues qué, ¿no lo sabía usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

PIPÍ.

Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

DON ANTONIO.

En efecto, aquí está (*Leyendo en el Diario, que está sobre la mesa*): COMEDIA NUEVA, INTITULADA EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí! ¡cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPÍ.

Pues mire usted, la verdad, yo me alegrára de saber hacer, así, alguna cosa...

DON ANTONIO.

¿Cómo?

PIPÍ.

Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!...

DON ANTONIO.

¡Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

PIPÍ.

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

DON ANTONIO.

¡Oiga! ¿tambien las señoras decian coplillas?

PIPÍ.

¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componia de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho más que retozar con aquel don Hermógenes y tirarle miguitas de pan al peluquin.

DON ANTONIO.

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

PIPÍ.

Pues con ese se estaba jugando; y cuando la decian: «Mariquita, una copla, vaya una copla», se hacía la vergonzosa; y por más que la estuvieron azuzando á ver si rompia, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar, porque decia que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, sú cuñada...

¡Oh! aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

DON ANTONIO.

Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco há, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ.

¡Eh! ése es don Serapio.

DON ANTONIO.

Pero ¿qué es? ¿qué ocupacion tiene?

PIPÍ.

Él es... mire usted; á él le llaman don Serapio.

DON ANTONIO.

¡Ah! sí. Ese es aquel bulle-bulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los dias á saber quién dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente y las partes de por medio.

PIPÍ.

Ese mismo. ¡Oh! ése es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oirle. Luégo se va allá bajo, al barrio de Jesus; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una; se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

DON ANTONIO.

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPÍ.

¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

DON ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPÍ.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

DON ANTONIO.

Sí serán. ¡Cáspita, sí serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia, ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entónces?

PIPÍ.

Entónces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No, señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

DON ANTONIO.

¡Ah! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena y cuál deja de serlo.

PIPÍ.

Eso digo yo; pero á veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar de comedias; ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decian. Para ellos no habia nada bue-

no: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuanto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral y... Deje usted: las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decian? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

DON ANTONIO.

Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los franceses.

PIPÍ.

Pues, ya decia yo: esto no es cosa de mi tierra.

DON ANTONIO.

Si tal: aquí tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPÍ.

Pues ya se ve: mire usted, ¡reglas! No faltaba más. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

DON ANTONIO.

¡Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPÍ.

Y las demas que van saliendo cada dia tampoco las tendrán: ¿no es verdad, usted?

DON ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastáran reglas. No, señor.

PIPÍ.

Bien; me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luégo verá usted cuántas escribe

el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entónces... ¡ya se ve! mire usted si con un buen situado podia él...

DON ANTONIO.

Cierto. (*Ap.* ¡Qué simplicidad!)

PIPÍ.

Entónces escribiria. ¡Qué! todos los meses sacaria dos ó tres comedias. Como es tan hábil...

DON ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPÍ.

¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros; y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo: no nos ha gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luégo, como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire usted si ellos... ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

Pues ya.

PIPÍ.

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

DON ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPÍ.

La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como despues se hizo paje, y el amo se le murió á

lo mejor, y él se habia casado de secreto con la doncella, y tenian ya dos criaturas, y despues le han nacido otras dos ó tres; viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

DON ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPÍ.

¡Pues ya se ve! lo que él dice: si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON PEDRO.

Café.

(*Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don Antonio: Pipí le servirá el café.*)

PIPÍ.

Al instante.

DON ANTONIO.

No me ha visto.

PIPÍ.

¿Con leche?

DON PEDRO.

No... Basta.

PIPÍ.

¿Quién es éste?

(*Al retirarse, despues de haber servido el café á don Pedro.*)

DON ANTONIO.

Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento;

pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPÍ.

Le veo venir aquí algunas veces, pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III.

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO.

¡Pero, hombre, dejarnos así!

(*Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.*)

DON ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á usted ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

DON SERAPIO.

¿Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y áun no están hechas ni letra ni música?

DON ELEUTERIO.

Y áun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos, etc.; y luégo se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se

sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

DON SERAPIO.

¡El diantre es usted, hombre! todo se lo halla hecho.

DON ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase usted.

(*Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro; saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.*)

DON SERAPIO.

Voy allá; pero...

DON ELEUTERIO.

Sí, sí, váyase usted; y si quieren más licor, que lo suba el mozo.

DON SERAPIO.

Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos más. Pipí.

PIPÍ.

¡Señor!

DON SERAPIO.

Palabra.

(*Don Serapio habla en secrèto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro; Pipí toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.*)

DON ANTONIO.

¿Cómo va, amigo don Pedro?

(*Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.*)

DON PEDRO.

¡Oh, señor don Antonio! No habia reparado en usted. Va bien.

DON ANTONIO.

¿Usted á estas horas por aquí? Se me hace extraño.

DON PEDRO.

En efecto, lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apénas saben leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

DON ANTONIO.

Pues; con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la córte.

DON PEDRO.

No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos, y á ellos debo los más felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda más digna de un hombre de bien.

DON ANTONIO.

Sí; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace usted?

DON PEDRO.

Callo.

DON ANTONIO.

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

DON PEDRO.

Me voy.

DON ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entónces...

DON PEDRO.

Entónces digo la verdad.

DON ANTONIO.

Aquí mismo he oido hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instruccion y su probidad, pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

DON PEDRO.

¿Y por qué? Porque no vengo á predicar al café, porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana; porque no disputo ni ostento erudicion ridícula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el dia y á excitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aquí, de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué debe hacer?

DON PEDRO.

Tomar café.

DON ANTONIO.

¡Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

DON PEDRO.

A la comedia.

DON ANTONIO.

¿Supongo que irá usted á ver la pieza nueva?

DON PEDRO.

Qué ¿han mudado? Ya no voy.

DON ANTONIO.

Pero ¿por qué? Vea usted sus rarezas.

(*Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.*)

DON PEDRO.

¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay más que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

DON ELEUTERIO.

¡Hola! Parece que hablan de mi funcion.

(*Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.*)

DON ANTONIO.

De suerte, que ó es buena ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si, por el contrario, está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez...

DON PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento si hubiera podido. A mí me irrita lo que á usted le divierte. (*Guarda don Eleuterio papel y tintero; se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.*) Yo no sé; usted tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo más

disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero, amigo...

DON ANTONIO.

Sí, señor, que me divierto. Y por otra parte, ¿no sería cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles...

DON ELEUTERIO.

No, pues... Con permiso de ustedes. La funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente; bien puede usted ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

DON ANTOÑIO.

¿Es éste el autor?

(*Don Antonio se levanta, y despues de la pregunta que hace á Pipí, vuelve á hablar con don Eleuterio.*)

PIPÍ.

El mismo.

DON ANTONIO.

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

DON ELEUTERIO.

Señor, es de un sujeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

DON PEDRO.

Si es ésta la primera pieza que da al teatro, áun no puede quejarse; si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto inte-

resan á una nacion los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

DON ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sujeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta), y muchas gracias.

DON ANTONIO.

¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

DON ELEUTERIO.

No, señor; ahora, en tiempo de calor, no se da más. Si fuera por el invierno, entónces...

DON ANTONIO.

¡Calle! ¿Con que en empezando á helar valen más las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(*Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hácia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don Antonio, parándose ó siguiéndole; lo cual formará juego de teatro.*)

DON ELEUTERIO.

Pues mire usted, áun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaria de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á éste, otros á aquél, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luégo, como son tantos á

escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¡Qué sé yo cuánta ensalada trae allí! Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

DON ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la córte.

DON ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve usted cómo están los comestibles.

DON ANTONIO.

Cierto.

DON ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

DON ANTONIO.

En efecto.

DON ELEUTERIO.

El cuarto.

DON ANTONIO.

¡Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

DON ELEUTERIO.

Y si hay familia...

DON ANTONIO.

No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

DON ELEUTERIO.

Vaya usted á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

DON ANTONIO.

¿Y qué remedio? Ahí no hay más sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que...

DON ELEUTERIO.

¿La ha leido usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

DON PEDRO.

¿La han impreso?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor. ¿Pues no se habia de imprimir?

DON PEDRO.

Mal hecho. Miéntras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy expuesta; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

DON ANTONIO.

¡Qué! No, señor. Si le digo á usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

DON ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha,

en la jabonería de la calle del Lobo, en la...

DON PEDRO.

¿Se acabará esta tarde esa relacion?

DON ELEUTERIO.

Como el señor preguntaba...

DON PEDRO.

Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!

DON ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPÍ.

Si yo tuviera dos reales... ¡Voto va!

DON ELEUTERIO.

Véala usted aquí.

(*Saca una comedia impresa y se la da á don Antonio.*)

DON ANTONIO.

¡Oiga! Es ésta. A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, así me gusta; con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. (*Lee don Antonio.*) POR DON ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA... «Salen el emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Federico senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares á caballo.» ¡Soberbia entrada! «Y dice el emperador:

Ya sabeis, vasallos mios,
Que habrá dos meses y medio
Que el turco puso á Viena
Con sus tropas el asedio,
Y que para resistirle
Unimos nuestros denuedos,
Dando nuestros nobles bríos,
En repetidos encuentros,

Las pruebas más relevantes
De nuestros invictos pechos.»

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el pícaro!

«Bien conozco que la falta
Del necesario alimento
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre á los esfuerzos,
Hemos comido ratones,
Sapos y sucios insectos.»

DON ELEUTERIO.

¿Qué tal? ¿No le parece á usted bien?

(*Hablando á don Pedro.*)

DON PEDRO.

¡Eh! A mí, qué...

DON ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á usted. Pero no; donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquelo usted... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

DON ANTONIO.

¿Muerta?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, muerta.

DON ANTONIO.

¡Qué situacion tan cómica! Y estas exclamaciones que hace aquí, ¿contra quién son?

DON ELEUTERIO.

Contra el Visir, que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria ser su concubina.

DON ANTONIO.

¡Pobrecita! ¡Ya se ve! El Visir sería un bruto.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

Hombre arrebatado, ¿eh?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara; ¿es verdad?

DON ELEUTERIO.

Cierto.

DON ANTONIO.

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

DON ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa cómo le pone! Oiga usted, don Pedro.

DON PEDRO.

No, por Dios; no lo lea usted.

DON ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos más terribles de la comedia.

DON PEDRO.

Con todo eso.

DON ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

DON PEDRO.

Ya.

DON ELEUTERIO.

Buena versificacion.

DON PEDRO.

No importa.

DON ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro, si la dama lo esfuerza.

DON PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que...

DON ANTONIO.

Pero á lo ménos, el final del acto segundo es menester oirlo.

(*Lee don Antonio, y al acabar da la comedia á don Eleuterio.*)

Emperador. Y en tanto que mis recelos...
Visir. Y miéntras mis esperanzas...
Senescal. Y hasta que mis enemigos...
Emperador. Averiguo.
Visir. Logre.
Senescal. Caigan.
Emperador. Rencores, dadme favor.
Visir. No me dejes, tolerancia.
Senescal. Denuedo, asiste á mi brazo.
Todos. Para que admire la patria
El más generoso ardid
Y la más tremenda hazaña.

DON PEDRO.

Vamos; no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

(*Se levanta impaciente, en ademan de irse.*)

DON ELEUTERIO.

¿Disparates los llama usted?

DON PEDRO.

¡Pues no!

(*Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se rie de entrambos.*)

DON ELEUTERIO.

¡Vaya, que es tambien demasiado! ¡Disparates! ¡Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leido la comedia! Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

DON PEDRO.

¿Y esto se representa en una nacion culta?

DON ELEUTERIO.

¡Cuenta, que me ha dejado contento la expresion! ¡Disparates!...

DON PEDRO.

¿Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

DON ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el Emperador, el Visir y el Senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy dia no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¡Disparates! ¡Cuidado que!...

PIPÍ.

No haga usted caso.

DON ELEUTERIO.

(*Hablando con Pipí hasta el fin de la escena.*)

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser más natural ni más ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarlo. El Visir está rabiando por gozar de la hermosura

de Margarita, hija del Conde de Strambangaum, que es el traidor...

PIPÍ.

¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

DON ELEUTERIO.

Pues, como digo, el Visir está loco de amores por ella; el Senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el Conde anda tras de quitarle el empleo, y contínuamente lleva chismes al Emperador contra él; de modo, que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa más natural.

(*Lee don Eleuterio; lo suspende, y se guarda la comedia.*)

Y en tanto que mis recelos...
Y miéntras mis esperanzas...
Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! ¡á qué buena ocasion llega usted!

(*Sale don Hermógenes por la puerta del foro*)

ESCENA IV.

DON HERMOGENES, DON ELEURERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

DON HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

DON PEDRO.

A la órden de usted.

DON ANTONIO.

Felicísimas, amigo don Hermógenes.

DON ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el* Diario; *lee para sí, y á veces presta atencion á lo que hablan los demas*) para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

DON HERMÓGENES.

Usted me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Usted sólo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el más ameno de nuestros dias, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

DON ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

DON HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion...

DON ELEUTERIO.

Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

DON HERMÓGENES.

Estas prendas sí que merecen admiracion y encomio.

DON ELEUTERIO.

Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

DON HELMÓGENES.

¿Disparatada? ¿Y quién ha prorumpido en un aserto tan...

DON ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada más.

DON HERMÓGENES.

Si diré; pero ántes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

DON ELEUTERIO.

Hombre; pero si...

DON ANTONIO.

(*Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*)

Yo reviento.

DON HERMÓGENES.

Cai gar at praxeis an mimeseis oi...

DON ELEUTERIO.

Pero...

DON HERMÓGENES.

Mythoi eisin i archousin.

DON ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.

DON HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendria explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnicion, ó anagnórisis, partes necesarias á toda

buena comedia, y que segun Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

DON ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero...

DON PEDRO.

Este hombre es loco.

DON HERMÓGENES.

Si consideramos el orígen del teatro, hallarémos que los megareos, los sículos y los atenienses...

DON ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

DON HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallarémos que Anaxipo, Anaxándrides, Eúpolis, Antiphanes, Philípides, Cratino, Crátes, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

DON ELEUTERIO.

Si le he dicho á usted que...

DON HERMÓGENES.

Y los más celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en què la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del *Cerco de Viena...*

DON PEDRO.

Adios, señores.

(*Se encamina hácia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.*)

DON ANTONIO.

¿Se va usted, don Pedro?

DON PEDRO.

¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oir eso?

DON ANTONIO.

Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero, que la pieza consabida, léjos de ser un desatino...

DON HERMÓGENES.

Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

DON PEDRO.

Pues yo delante de usted la propalo, y le digo, que por lo que el señor ha leido de ella y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no más. Adios, señores. (*Hace que se va y vuelve.*)

DON ELEUTERIO.

(*Señalando don Antonio.*)

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

DON PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores, que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas más que por el ingenio por la necesidad ó la presuncion. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, dí-

ganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que áun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que miéntras ésta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nacion, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

DON HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su epístola diez y ocho, que...

DON PEDRO.

Séneca dice en todas sus epístolas, que usted es un pedanton ridículo, á quien yo no puedo aguantar. Adios, señores.

ESCENA V.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, PIPI.

DON HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! (*Encarándose hácia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.*) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos más delicados del Derecho!

DON ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias, cuando ice que la conclusion del segundo acto es ala!

DON HERMÓGENES.

Él será el pedanton.

DON ELEUTERIO.

¡Hablar así de una pieza que ha de durar o ménos quince dias! Y si empieza á llover.

DON HERMÓGENES.

Yo estoy graduado en leyes, y soy oposi-or á cátedras, y soy académico, y no he uerido ser dómine de Pioz.

DON ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de usted, eñor don Hermógenes, nadie; pero esto ya e acabó, y no es cosa de acalorarse.

DON ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar, mal que le ese.

DON ANTONIO.

Sí, señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; *velis nolis*, he de hacer que la vea para cas-garle.

DON ELEUTERIO.

Buen pensamiento: sí, vaya usted.

DON ANTONIO.

En mi vida he visto locos más locos.

ESCENA VI.

ON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO.

DON ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya,

que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oirle!

DON HERMÓGENES.

Aquila non capit muscas, don Eleuterio. Quiero decir, que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo...

DON ELEUTERIO.

¡Oh!

DON HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que...

DON ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos; tan completo como usted, ninguno.

DON HERMÓGENES.

Que reuna el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. ¿Eh?

DON ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar: es más claro que el sol que nos alumbra.

DON HERMÓGENES.

Pues bien. A pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir más lejos, me lo dijeron en la Puerta del Sol, delante de cuarenta ó cincuenta personas.

DON ELEUTERIO.

¡Picardía! Y usted ¿qué hizo?

DON HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filósofo: callé, tomé un polvo, y me fuí á oir una misa á la Soledad.

DON ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

DON HERMÓGENES.

Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero dígame usted: ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á usted á cuenta de los quince doblones de la comedia?

DON ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último, hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

DON HERMÓGENES.

¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasion más crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando...

DON ELEUTERIO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

DON HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero... El hombre más ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza...

DON ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que me den el dinero: pagarémos á ese bribon; y si tiene usted algun pico en la hostería, tambien se...

DON HERMÓGENES.

Sí, áun hay un piquillo; cosa corta.

DON ELEUTERIO.

Pues bien: con la impresion lo ménos ganaré cuatro mil reales.

DON HERMÓGENES.

Lo ménos. Se vende toda seguramente.

(*Vase Pipí por la puerta del foro.*)

DON ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldrémos de apuros; se adornará el cuarto nuevo; unas sillas; una cama y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y muy mujer; ustedes estarán en mi casa contínuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con pálio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada; ¿qué sé yo? Ello es que el Ministro le estima á usted: ¿no es verdad?

DON HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

DON ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán...

DON HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

DON ELEUTERIO.

¿Y qué dice?

DON HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

DON ELEUTERIO.

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

DON HERMÓGENES.

Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

DON ELEUTERIO.

¡Pues no le digo á usted! Vamos, eso está conseguido.

DON HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacho friget Venus.* Y entónces, ¡oh! entónces... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO.

(*Salen por la puerta del foro.*)

DON SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

DON ELEUTERIO.

¿Y el sueño del Emperador?

DOÑA AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el Visir á sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el Emperador se durmiera, precisamente en la ocasion más...

DON HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro...

DOÑA AGUSTINA.

Pero ¿usted hace caso de ella? ¡Qué tontería! Si no sabe lo que se dice... Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

DON SERAPIO.

Serán... Deje usted. Podrán ser ahora...

DON HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj (*Saca su reloj.*), que es puntualísimo. Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA.

¡Oh! pues áun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente.

(*Siéntanse todos ménos don Eleuterio.*)

DON SERAPIO.

¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier dia... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

DOÑA AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

DON SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

DON ELEUTERIO.

Ya se ve: comedia nueva, autor nuevo, y...

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya la habrán leido muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces más grande.

DON SERAPIO.

Hoy los Chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

DON ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? ¿Eh?

DON SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenía en el bolsillo más que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo los hice rabiar! Y que...

DON ELEUTERIO.

Soy con ustedes; voy aquí á la librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

¿A qué?

DON ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

DOÑA AGUSTINA.

Sí, es verdad. Vuelve presto.

DON ELEUTERIO.

Al instante. (*Vase.*)

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué inquietud! ¡Qué ir y venir! No pára este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

Pero ¿por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

DOÑA MARIQUITA.

Pues; siempre me está usted diciendo eso. (*Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.*) Vaya, que algunas veces me... ¡Ay, don Hermógenes! No sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

DON HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quién le creyera á usted!

DON HERMÓGENES.

Pues ¿quién ama tan de véras como yo?

¿Cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamas un amor comparable al mio?

DOÑA AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

DOÑA AGUSTINA.

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted cómo todo se dispone; porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... ¿qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

DOÑA MARIQUITA.

¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes,

lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruirla y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que nó he podido más: ya se ve, ocupada contínuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increible lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen contínuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mujeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

DON HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los mártes dos ó tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Despues aprenderá los logaritmos y algo de la estática; despues...

DOÑA MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño!

No, señor; si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta; sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurzir, sé bordar, sé cuidar de una casa; yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la Gramática, y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga ó corta; siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no; si el lance á oscuras ha de ser ántes de la batalla ó despues del veneno, y manoseando contínuamente *Gacetas* y *Mercurios* para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ello sus relaciones... Y entre tanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á usted que comimos el domingo pasado, don Serapio?

DON SERAPIO.

¡Yo, señora! ¿Cómo quiere usted que...

DOÑA MARIQUITA.

Pues lléveme Dios si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el más desganado se hubiera engullido

un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su cancion; siempre quejándose de que no come y trabaja mucho. Ménos como yo, y más trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

DON HERMÓGENES.

Sí, Mariquita, sí: en eso tiene razon mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex*, *index* é *infamis*, que es decir: que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta sólo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfaccion de todo mi auditorio, que es más difícil hacer un soneto que pegar un hombrillo; y que más elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas, que la que sólo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya

se ve, en comiendo versos, no se necesita cocina.

DON HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

DON HERMÓGENES.

No, señora; la aplaudirán.

DON SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No, pues no decian eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel más alto, á fe que no se mordia la lengua.

DON SERAPIO.

¿Alto? uno alto, ¿eh? Ya le conozco. (*Se levanta.*) ¡Picaron! ¡vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fué el que tuvo la culpa de que silbáran la comedia de *El Monstruo más espantable del ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al...

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ése de quien yo hablo.

DON SERAPIO.

Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ése.

DON SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su mujer! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ése, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente; que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

DON SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera... ¡eh!... Pero el otro dia ¡qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes (*Vuelve á sentarse.*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada; despues les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó así; y luégo se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y á la primera comedia que echen en el otro corral, zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver...

DOÑA MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA.

Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia, y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Ademas de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. Don Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero. Y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado que no hay más que pedir; porque, en fin, el que necesita es preciso que... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

DON HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaria á imponer taciturnidad y admiracion á la turba más gárrula, más desenfrenada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia

heroica como esta, con más de nueve lances que tiene. Un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado: figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

DON SERAPIO.

¡Toma si gustará!

DON HERMÓGENES.

Aturdirá.

DON SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias así debian representarse en la Plaza de los Toros.

ESCENA II.

DON ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

DON ELEUTERIO.

Hasta ahora...

DOÑA AGUSTINA.

Deja; me parece que voy á acertar: habrá vendido... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

DON ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

DON SERAPIO.

¡Ah! y cuide usted (*Levántanse.*) que les pongan buen engrudo, porque si no...

DON ELEUTERIO.

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya: ¿es verdad?

DON HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos... quinientos ejemplares.

DON SERAPIO.

¡Qué friolera! Y más de ochocientos tambien.

DOÑA AGUSTINA.

¿He acertado?

DON SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

DON ELEUTERIO.

No, señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado más que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

DON SERAPIO.

¿Tres no más? Harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mia que es bien poco.

DON HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo; porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino

respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo que no es poco lo que se ha vendido y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

DON SERAPIO.

¡Qué! ¡Si en poniéndose á hablar este hombre!...

DOÑA MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán más que tres?

DON ELEUTERIO.

Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales, cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobrecita de mí!

DON HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie

usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

DOÑA MARIQUITA.

¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

DON ANTONIO.

A la órden de ustedes, señores.

DON ELEUTERIO.

Pues ¿cómo tan presto? ¿No dijo usted que iria á ver la comedia?

DON ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

DON ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

DON ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipí por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulias, ni cubillos; no hay asienta en ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dije.

DON ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

DON ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede

sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodarémos.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, puede usted venir con toda satisfaccion, caballero.

DON ANTONIO.

Señora, doy á usted mil gracias por su atencion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primera tonadilla; con que...

DON SERAPIO.

¿La tonadilla?

(*Se levantan todos.*)

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué dice usted?

DON ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

¿Pues cómo han empezado tan presto?

DON ANTONIO.

No, señora; han empezado á la hora regular.

DOÑA MARIQUITA.

No puede ser; si ahora serán...

DON HERMÓGENES.

Yo lo diré (*Saca el reloj.*) las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

¡Hombre! ¿qué tres y media? Su reloj de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA.

A ver... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oido, y se le vuelve.*) Si está parado.

DON HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

DOÑA MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

DON ELEUTERIO.

¡Cuidado, que es cosa particular! ¡Voto á sanes! La casualidad de....

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto... ¿Y mi abanico?

DON SERAPIO.

Aquí está.

DON ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este don Hermógenes...

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

DON ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

DON SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

DON ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en...

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA IV.

DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?

PIPÍ.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

¡Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del reloj de don Hermógenes.

PIPÍ.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

DON ANTONIO.

Serán los del patio, que están sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben más que dos es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y más que revienten dentro.

ESCENA V.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ANTONIO.

¡Calle! ¿Ya está por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

DON PEDRO.

Hombre, no me hable usted de comedia, (*Se sienta.*) que no he tenido rato peor muchos meses há.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué ha sido ello? (*Sentándose junto á don Pedro.*)

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

DON ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

DON PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla lo abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamas á ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor, ménos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen más Calderon, Solís, Rojas, Moreto, cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

DON ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedion?

DON PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traia visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oir desatinos, tan garrafales como los de hoy jamas se oyeron.

DON ANTONIO.

¿Qué dice usted?

DON PEDRO.

Es increible. Ahí no hay más que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverisímiles, episodios inconexos, caractéres mal expresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres; no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificacion, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los dias.

DON ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Miéntras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacen de las extravagancias.

DON PEDRO.

Pero ¡no es fatalidad que despues de tanto como se ha escrito por los hombres más doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices! ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen contínuamente?

DON ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué harémos? Reir ó rabiar: no hay otra alternativa... Pues yo más quiero reir que impacientarme.

DON PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

DON ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que... Pero ¿qué novedad es ésta?

ESCENA VI.

DON SERAPIO, DON HERMÓGENES, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO.

Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua.

DON ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?
(*Se levantan don Antonio y don Pedro.*)

DON SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPÍ.

Voy, voy allá.

DON SERAPIO.

Despáchate.

PIPÍ.

¡Por vida del hombre! (*Pipí va detras de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él y deja caer el vaso y el plato.*) ¿Por qué no mira usted?

DON HERMÓGENES.

¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elíxir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

DON ANTONIO.

Yo no, no traigo.

DON PEDRO.

Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, DON SERAPIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ELEUTERIO.

Sí; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.

(*Doña Agustina muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.*)

DON SERAPIO.

Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPÍ.

¡Qué! Si está en un camaranchon, que...

DON ELEUTERIO.

No importa.

PIPÍ.

¡La cama! La cama es un jorgon de arpillera, y...

DON SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

DON ELEUTERIO.

No importa nada. Allí estará un rato, y verémos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPÍ.

Yo bien, si ustedes...

DOÑA AGUSTINA.

No, no es menester.

DOÑA MARIQUITA.

¿Se siente usted mejor, hermana?

DON ELEUTERIO.

¿Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA.

Alguna cosa.

DON SERAPIO.

¡Ya se ve! El lance no era para ménos.

DON ANTONIO.

Pero ¿se podrá saber qué especie de insulto ha sido éste?

DON ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada, que... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque... ¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

DON PEDRO.

No acabo de comprender.

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla; cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad, y luégo un consejo de guerra, y luégo un baile, y despues un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decia: Madre, déme usted pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡qué toser! ¡qué estornudos! ¡qué bostezar! ¡qué ruido confuso por todas partes!... Pues, señor, como digo, salió la dama, y apénas hubo dicho que no habia comido en seis dias, y apénas el chico empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenía, cuando, para servir á ustedes, la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de pal-

madas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venía al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto: en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo que era imposible que... (*Siéntase junto á doña Agustina.*)

DON ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted á estos señores... Tome usted. (*Saca la comedia y se la da á don Hermógenes.*) Léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

DON HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. (*Deja la comedia sobre una mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y camplacencia.*) Estoy de prisa. Nos verémos otro dia, y...

DON ELEUTERIO.

¿Se va usted?

DOÑA MARIQUITA.

¿Nos deja usted así?

DON HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me moveria de aquí; pero...

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

DON HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo. Tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexion, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

DON ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

DON HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

DON PEDRO.

Pues no decia usted eso poco tiempo há.

DON HERMÓGENES.

Fué para animarle.

DON PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si usted conocia que era mala, ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del autor, y le persuadia que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

DON HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentára persuadirle que la comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

¿Con que es mala?

DON HERMÓGENES.

Malísima.

DON ELEUTERIO.

¿Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

Usted se chancea, don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

DON PEDRO.

No, señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero...

DON PEDRO.

Si usted es marido de esa (*A don Eleuterio.*) señora, hágala usted callar; porque aunque no puedo ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

DOÑA AGUSTINA.

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho á usted que...

DON ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya

ves (*Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estás... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (*A don Hermógenes.*), no sé qué pensar de usted.

DON HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platon y el abate Lampillas...

DON ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazon para exponerme á los silbidos, al palmoteo y á la zumba de esta tarde?

DON HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasía... ¿Por qué no le anima á usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir; vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir... ¡Oh, almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué quiere usted (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar más. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez...

DON HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy deprisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé cómo (*Se levanta muy enojada, eneaminándose hácia don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él... Váyase usted.

DON HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

DON ELEUERIO.

¡Picaron!

DON HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!

ESCENA VIII.

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPÍ.

DON ELEUTERIO.

¡Ingrato, embustero! ¡Despues (*Se sienta con ademanes de abatimiento.*) de lo que hemos hecho por él!

DOÑA MARIQUITA.

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el cora-

zon... Mire usted qué hombre; despues de haberme traido en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo ménos es hombre de bien, y no sabe latin ni se mete en citar autores, como ese bribon... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar; por el maldito empeño de ustedes de que me habia de casar con un erudito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone); quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle y hartarnos de pesadumbres.

DON ANTONIO.

No se desconsuele usted, señorita, que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que la que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

DON ELEUTERIO.

La paciencia (*Se levanta con viveza.*) la necesito yo que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, hombre, ¿que no has de reflexionar?

DON ELEUTERIO.

Calla, mujer, calla, por Dios, que tú tambien...

DON SERAPIO.

No, señor; el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camara-

das que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame usted á mí; la comedia es buena. Ahí no ha habido más sino que los de allá se han unido, y.....

DON ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me...

DON PEDRO.

¿Todavía está usted en esa equivocacion?

DON ANTONIO.

(*Ap. á don Pedro.* Déjele usted.)

DON PEDRO.

No quiero dejarle; me da compasion... Y sobre todo, es demasiada necedad, despues de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitacion? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay más sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? Qué, ¿no hay más

que escribir comedias? Si han de ser como la de usted ó como las demas que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion contínua, sensibilidad, juicio exquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

DON ELEUTERIO.

Bien está, señor; será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenía...

DON ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

DON PEDRO.

No se venderá, no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

DON ELEUTERIO.

Pues, vea usted: no se venderá; y pierdo ese dinero; y por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran; seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picaron de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenía para pagar sus trampas y sus embrollos; me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir como es regular con los muchos acreedores que tengo.

DON PEDRO.

Pero ahí no hay más que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que usted tenga, y arreglándose á una buena economía.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué empleo ni que facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

DON PEDRO.

¿Ninguna?

DON ELEUTERIO.

No, señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; despues me puse á servir á un caballero indiano, pero se murió; lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó y...

DOÑA MARIQUITA.

¡Maldito sea él!

DON ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy sólo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

DON ANTONIO.

¿Cuántas tiene usted?

DON ELEUTERIO.

Cuatro, señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

DON PEDRO.

¡Hijos tiene! (*Ap. con ternura.*) ¡Qué lástima!

DON ELEUTERIO.

Pues si no fuera por eso...

DON PEDRO.

(*Ap.* ¡Infeliz!) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la

suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿Escribe usted bien?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo... porque yo, señor, he sido paje... allí, como digo, no habia más mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa; como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y... ¡vaya! Ninguno ha tenido que...

DON PEDRO.

Lo creo muy bien.

DON ELEUTERIO.

En cuanto á escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luégo me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía... Aquí tengo. Vea usted... (*Saca un papel y se le da á don Pedro.*) Ello está escrito algo de prisa, porque ésta es una tonadilla que se habia de cantar mañana... ¡Ay Dios mio!

DON PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, tiene su introduccioncita, luégo entran las coplillas satíricas con su estribillo, y concluye con las...

DON PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

DON ELEUTERIO.

Ya.

DON PEDRO.

Es menester que se deje usted de esas tonterías. (*Volviéndole el papel.*)

DON ELEUTERIO.

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo...

DON PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; ésta es una condicion precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvaríos necesita, más que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

DON ELEUTERIO.

Señor, ¿qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

¿De véras, señor? ¡Válgame Dios!

DOÑA MARIQUITA.

¿De véras?

DON PEDRO.

Quiero hacer más. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid; acabo de colocar á un mozo de mérito, que entendia en el gobierno de ellas. Usted, si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y desde luégo puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo

destino que á usted le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuánto hay que saber, y cuanto conviene á una mujer de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de don Hermógenes; porque, segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz; y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda; no hay que dudarlo. Ademas, yo tengo muy buenos amigos en la córte, y... Créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazon muy compasivo.

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué bondad!

(Don Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arrodillarse á los piés de don Pedro; él lo estorba y los abraza cariñosamente.)

DON ELEUTERIO.

¡Qué generoso!

DON PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace más.

DON ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

DON PEDRO.

Si usted me los agradece, ya me los paga.

DON ELEUTERIO.

Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

DOÑA AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

DON PEDRO.

No hablemos de eso.

DON ANTONIO.

¡Ah, don Pedro, que leccion me ha dado usted esta tarde!

DON PEDRO.

Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

DON ANTONIO.

Su carácter de usted me confunde.

DON PEDRO.

¡Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

¿Quién no querrá ser amigo de usted?

DON SERAPIO.

Vaya, vaya; yo estoy loco de contento.

DON PEDRO.

Más lo estoy yo; porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa comedia (*Al ver la comedia que está leyendo Pipí.*); no se quede por ahí perdida, y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

DON ELEUTERIO.

¡Mal haya la comedia (*Arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos.*), amén, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo

cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajuela.

DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

DON PEDRO.

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado; su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instruccion le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á usted una leccion muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitáran en desengañarse!

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

PERSONAS.

Don Diego.
Don Cárlos.
Doña Irene.
Doña Francisca.
Rita.
Simon.
Calamocha.

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas etc.

La accion empieza á las siete de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

(*Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.*)

DON DIEGO.

¿No han venido todavía?

SIMON.

No, señor.

DON DIEGO.

Despacio la han tomado por cierto.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara...

DON DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ello tambien ha sido extraña determinacion la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

DON DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay más en esto que haber acompañado usted á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

DON DIEGO.

Sí, hombre, algo más hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

DON DIEGO.

Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de sa-

ber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Pues bien... pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, señor. Jamas he gustado de chismes.

DON DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leido muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla, he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Sí por cierto... Es muy linda y...

DON DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor, aquella

inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí, señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decírmelo.

DON DIEGO.

¿No? ¿Por qué?

SIMON.

Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Excelente.

DON DIEGO.

¿Con que al instante has conocido?...

SIMON.

¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole á usted que me parece muy buena boda; buena, buena.

DON DIEGO.

Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.

DON DIEGO.

Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMON.

Y en eso hace usted bien.

DON DIEGO.

Porque no todos ven las cosas de una ma-

nera, y no faltaria quien murmurase, y dijese que era una locura, y me...

SIMON.

¿Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como esa, eh?

DON DIEGO.

Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quién ha de ser?

DON DIEGO.

Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y vivirémos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMON.

Pero siendo á gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

DON DIEGO.

No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo más.

DON DIEGO.

¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses há.

SIMON.

Y bien, ¿qué?

DON DIEGO.

Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON.

Pero si yo no hablo de eso.

DON DIEGO.

¿Pues de qué hablas?

SIMON.

Decia que... Vamos, ó usted no acaba de explicarse, ó yo lo entiendo al reves... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

DON DIEGO.

¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON.

¿Con usted?

DON DIEGO.

Conmigo.

SIMON.

¡Medrados quedamos!

DON DIEGO.

¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?...

SIMON.

¡Y pensaba yo haber adivinado!

DON DIEGO.

¿Pues qué creias? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.

Para don Cárlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

DON DIEGO.

Pues no, señor.

SIMON.

Pues bien está.

DON DIEGO.

¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la habia de ir á casar!... No, señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.

Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

DON DIEGO.

Que se haga hombre de valor y...

SIMON.

¡Valor! ¿Todavía pide usted más valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entónces del valor de su sobrino; y yo le vi á usted más de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

DON DIEGO.

Sí, señor, todo es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON.

Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

DON DIEGO.

¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarian con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; ésta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid, y más de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamas observó en esta criatura la más remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa, y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas; éstas han sido su ocupacion y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMON.

Yo nada, señor.

DON DIEGO.

Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que áun hay tiempo... Sólo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

SIMON.

En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

DON DIEGO.

Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON.

¿Pues qué ha hecho?

DON DIEGO.

Una de las suyas... y hasta pocos dias há no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

SIMON.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Así es la verdad.

DON DIEGO.

Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribia las tales cartas.

SIMON.

¿Que dice usted?

DON DIEGO.

Sí, señor. El dia 3 de Julio salió de mi casa, y á fines de Setiembre áun no habia llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

DON DIEGO.

Nada de eso. Amores del señor oficial, y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

¡Oh! no hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

DON DIEGO.

Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberémos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

DON DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente.

(*Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas, y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.*)

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.

¡Ay, qué escalera!

DON DIEGO.

Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE.

¿Conque usted, á lo que parece, no ha salido?

(*Se sientan doña Irene y don Diego.*)

DON DIEGO.

No, señora. Luégo más tarde daré una vueltecilla por ahí... He leido un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero mire usted, mire usted (*Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de cipres, la regla de San Benito, una pililla de cristal... mire usted qué bonita, y dos corazones de

talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí... ¡Ay! y una campanilla de barro bendito para los truenos!... ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tia, mi pobre tia lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decia: ¿por qué no ha venido aquel señor?

DOÑA IRENE.

El padre capellan y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA.

Toma (*Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.*); guárdamelo todo allí, en la excusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ya se ha roto la santa Gertrúdis de alcorza!

RITA.

No importa; yo me la comeré.

ESCENA III.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

DON DIEGO.

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE.

¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! Está hecho un cielo... (*Siéntase doña Francisca junto á doña Irene.*) Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabía qué hacerse con su sobrina la buena señora. Está muy contenta de nuestra eleccion.

DON DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas á quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE.

Sí, Trinidad está muy contenta, y en cuanto á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es

necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo, y...

DON DIEGO.

Es verdad. Sólo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

DON DIEGO.

Todo eso es cierto, pero...

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

DON DIEGO.

Sí, ya estoy; ¿pero no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre?...

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá? (*Se levanta y vuelve á sentarse.*)

DOÑA IRENE.

No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede ménos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá usted visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviárselo á su tio car-

nal el padre fray Serapion de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

DON DIEGO.

Ya.

DOÑA IRENE.

Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte, particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpétuo de Zamora, no puede oir hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA.

Válgate Dios, qué moscas tan...

DOÑA IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

DON DIEGO.

Eso bueno es.

DOÑA IRENE.

Sí, señor, pero como la familia ha venido tan á ménos .. ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y ¿quién sabe que el dia de mañana no se imprima con el favor de Dios?

DON DIEGO.

Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

DOÑA IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Cas-

trojeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en fólio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

DON DIEGO.

¿Con que para cada año un tomo?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, ese plan se ha propuesto.

DON DIEGO.

¿Y de qué edad murió el venerable?

DOÑA IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy mamá?

DOÑA IRENE.

Anda, véte. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiere usted (*Se levanta, y despues de hacer una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á doña Irene, y se va al cuarto de ésta.*) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego?

DON DIEGO.

Sí, hija mia. A ver.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted, así.

DON DIEGO.

¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

DOÑA FRANCISCA.

Para usted una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Es muy gitana y muy mona, mucho.

DON DIEGO.

Tiene un donaire natural que arrebata.

DOÑA IRENE.

¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho más de considerar tan inmediata su colocacion, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

DON DIEGO.

Quisiera sólo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y...

DOÑA IRENE.

Oiria usted lo mismo que le he dicho ya.

DON DIEGO.

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, sería para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

No tenga usted sobre ese particular la más leve desconfianza; pero hágase usted cargo de

que á una niña no le es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á usted.

DON DIEGO.

Bien, si fuese un hombre á quien hallára por casualidad en la calle y le espetára ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias ya pudiera decirle alguna cosa que... Ademas que hay ciertos modos de explicarse...

DOÑA IRENE.

Conmigo usa de más franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted tiene... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche despues que usted se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

DON DIEGO.

¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

DOÑA IRENE.

Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta.

DON DIEGO.

¡Calle! ¿Eso decia?

DOÑA IRENE.

No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una mujer de

cuarenta años, lo mismo... ¡ Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿ Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña, sin juicio ni experiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿ Quién ha de mandar á los criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir á los hijos ? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

DON DIEGO.

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

DOÑA IRENE.

Lo que sé decirle á usted es que áun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de más respeto, más caballeroso, y al mismo tiempo más divertido y decidor. Pues para servir á usted, ya tenía los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

DON DIEGO.

Buena edad... No era un niño, pero...

DOÑA IRENE.

Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entónces un boquirubio con los cascos á la jineta... No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luégo que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda y encinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

DON DIEGO.

¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

DOÑA IRENE.

Sí, señor, ¿pues por qué no?

DON DIEGO.

Lo digo porque luégo saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño ó niña?

DOÑA IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

DON DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura, y...

DOÑA IRENE.

¡Ay, señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho...

DON DIEGO.

Yo lo creo.

DOÑA IRENE.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Ya se ve que será una delicia, y...

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de ser?

DON DIEGO.

Un embeleso, el verlos juguetear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

DOÑA IRENE.

¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales sólo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que...

ESCENA V.

SIMON, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

SIMON. (*Sale por la puerta del foro.*)

Señor, el mayoral está esperando.

DON DIEGO.

Dilo que voy allá... ¡Ah! Tráemo primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. (*Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.*) ¿Con que supongo que mañana tempranito saldrémos?

DOÑA IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

DON DIEGO.

A eso de las seis. ¿Eh?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

DON DIEGO.

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora ántes.

DOÑA IRENE.

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, RITA.

DOÑA IRENE.

¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... ¡Rita!... Me le habrán dejado morir. ¡Rita!

RITA.

Señora.

(*Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.*)

DOÑA IRENE.

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA.

Sí, señora. Más ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.

¿Hiciste las camas?

RITA.

La de usted ya está. Voy á hacer esotras ántes que anochezca, porque si no, como no hay más alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.

Y aquella chica ¿qué hace?

RITA.

Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

DOÑA IRENE.

¡Qué pereza tengo de escribir! (*Se levanta y se entra en su cuarto.*) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

RITA.

¡Qué chapucerías! No há dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan á mí las mujeres gazmoñas y zalameras! (*Entrase en el cuarto de doña Fancisca.*)

ESCENA VII.

CALAMOCHA.

(*Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.*)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos más abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo

me da de entrar... ¡Ay! ¡ay!... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron : no podemos más, que si no, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados están... (*Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.*) ¡Oiga!... ¿Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! ¡qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

RITA.

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa, y... (*Forcejeando para echar la llave.*) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

¡Calle!... ¡Rita!

RITA.

¡Calamocha!

CALAMOCHA.

¿Qué hallazgo es este?

RITA.

¿Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

¿De véras?

CALAMOCHA.

No, que es chanza. Apénas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé adónde fué, ni con quién habló, ni cómo lo dispuso: sólo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al colegio mayor á ver á un amigo, miéntras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

RITA.

¿Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado más que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

¿Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni más ni ménos.

RITA.

¡Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

¿Amor? ¡Friolera!... El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA.

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? que...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y más cartas, diciendo que tenía concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bienquisto; en suma, cabal y perfecto, que no habia más que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechára la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasára á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y

tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. Apénas partió la carta á su destino, esta el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella; recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mujeres, y en dos latigazos llegamos ántes de ayer á Alcalá. La detencion há sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldrémos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA.

Sí. No digas más... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su cuarto. (*Señalando el cuarto de don Diego, de doña Irene y el de doña Francisca*) éste el de la madre, y aquél el nuestro.

CALAMOCHA.

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aquí dormirémos esta noche la señorita y yo; porque ayer metidas las tres en ese de enfrente, ni cabiamos de pié, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien... Adios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademan de irse.*)

RITA.

¿Y adónde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

¡Poca cosa!... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. Adios.

RITA.

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apénas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Sí. De la señorita y mio.

CALAMOCHA.

¡Bribona!

RITA.

¡Botarate! Adios.

CALAMOCHA.

Adios, aborrecida.

(*Entrase con los trastos al cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

RITA.

¡Qué malo es!... Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!... Sí, la quiere, bien se conoce... (*Sale Calamocha del cuarto de don Cárlos, y se va por la puerta del foro.*) ¡Oh! por más que digan, los hay muy finos; y entónces, ¿qué ha de hacer una?... Quererlos: no tiene remedio, quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita! ¿Pues no sería una lástima que... Ella es.

DOÑA FRANCISCA, *saliendo.*

¡Ay, Rita!

RITA.

¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oido... Y dice que

don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que si no... Pero bien sabe la Vírgen que no me sale del corazon.

(*Se va oscureciendo lentamente el teatro.*)

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... ¿No se acuerda usted ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero ¿qué me vas á contar?

RITA.

Quiero decir, que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galan, tan fino...

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

RITA.

Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

DOÑA FRANCISCA.

Y bien... Y luégo volvió, y lo vi, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de tí.

RITA.

¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos escán-

dalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. Él no entró jamas por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita.. Mire usted que todo cuanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche? ¿De aquella sonora punteada con tanta delicadeza y expresion?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y miéntras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA.

Es hombre, al fin, y todos ellos...

RITA.

¡Qué bobería! Desengáñese usted, señorita. Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo; la dificultad está en saberlos escoger. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero que no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea

el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando al pecho.*) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien lo sé que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima... Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho más... nada más.

RITA.

No, señora, no ha dicho eso.

DOÑA FAANCISCA.

¿Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apénas haya leido la carta, se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero... (*Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿Adónde vas?

RITA.

Quiero ver si...

DOÑA FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he di-

cho á usted es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

DOÑA FRANCISCA.

¿De véras?

RITA.

Sí, señora... Y le ha ido á buscar para...

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que me quiere?... ¡Ay, Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... Pero ¿ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas sólo por verme... porque yo se lo mando!... ¡Qué agradecida le debo estar!... ¡Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá bajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanas entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

DOÑA FRANCISCA.

Dices bien... Pero no; él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo más conveniente... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entónces no hay más que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar... Ademas, que si está allí don Diego...

DOÑA FRANCISCA.

Bien, anda; y así que llegue...

RITA.

Al instante.

DOÑA FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Si vieras qué consolada estoy!

RITA.

Sin que usted lo jure, lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Te acuerdas cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran ni dificultades que no atropellára por mí?

RITA.

Sí; bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ah!... Pues mira cómo me dijo la verdad. (*Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro.*)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aún... (*Acércase á la puerta del foro, y vuelve.*) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años, y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

DOÑA FRANCISCA.

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho más fresco.

DOÑA IRENE.

Pero aquella muchacha, ¿qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

DOÑA FRANCISCA.

Me parece que no.

DOÑA IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razon...

DOÑA FRANCISCA.

Bien; sí, señora, ya lo sé. No me riña usted más.

DOÑA IRENE.

No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coliquíntida y asafétida... Mira que un casamiento como

el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Qué dices?

DOÑA FRANCISCA.

Yo nada, mamá.

DOÑA IRENE.

Pues, nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!... En hablándote de esto, no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA. (*Sale por la puerta del foro con luces, y las pone encima de la mesa.*) DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche no venías.

RITA.

Señora, he tardado, porque han tenido que ir á comprar las velas. ¡Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño!...

DOÑA IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor, al cabo tuve que quitármelos; ¡si no me sirvieron de nada! Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí, y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien. (*Toma una luz, y hace que se va.*)

DOÑA FRANCISCA. (*Aparte á Rita.*)

¿No ha venido?

RITA.

Vendrá.

DOÑA IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... (*Vase Rita al cuarto de doña Irene.*) Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA.

Como las monjas me hicieron merendar...

DOÑA IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (*Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luégo que estén.

RITA.

¿Y nada más?

DOÑA IRENE.

No, nada más... ¡Ah! y házmelas bien caldositas.

RITA.

Sí, ya lo sé.

DOÑA IRENE.

¡Rita!

RITA.

Otra. ¿Qué manda usted?

DOÑA IRENE.

Encarga mucho al mozo que lleve la carta
l instante... Pero no, señor, mejor es... No
uiero que la lleve él, que son unos borracho-
ies, que no se les puede... Has de decir á Si-
non que digo yo que me haga el gusto de
echarla en el correo; ¿lo entiendes?

RITA.

Sí, señora.

DOÑA IRENE.

¡Ah! mira.

RITA.

Otra.

DOÑA IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menes-
er que luégo me saques de ahí al tordo, y
olgarle por aquí, de modo que no se caiga
se me lastime... (*Vase Rita por la puerta del
oro.*) ¡Qué noche tan mala me dió!... ¡Pues
o se estuvo el animal toda la noche de Dios
ezando el Gloria Patri y la oracion del San-
o Sudario... Ello, por otra parte, edificaba,
ierto... pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Pues mucho será que don Diego no haya
enido algun encuentro por ahí, y eso le de-
enga. Cierto que es un señor muy mirado,

muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sujeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡qué batería de cocina, y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á usted.

DOÑA IRENE.

Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras las tendrias, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me causa de véras el que siempre que te hablo de esto hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

DOÑA FRANCISCA.

Mamá, no se enfade usted.

DOÑA IRENE.

¡No es buen empeño de... ¿Y te parece á tí que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!

DOÑA FRANCISCA.

Pero... Pues ¿qué sabe usted?

DOÑA IRENE.

¿Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay, hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion para que tú me engañes.

DOÑA FRANCISCA, *aparte.*

¡Perdida soy!

DOÑA IRENE.

Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pié y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí. ¡Mire usted qué juicio de niña éste! Que porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, ésa es la primera obligacion de una hija obediente... Y sépalo usted, si no lo sabe.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

DOÑA IRENE.

Sí, que no sé yo...

DOÑA FRANCISCA.

No, señora, créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

DOÑA IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora, que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE.

Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ello.

DOÑA FRANCISCA, *aparte.*

¡Pobre de mí!

ESCENA V.

DON DIEGO (*sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston*), DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Pues ¿cómo tan tarde?

DON DIEGO.

Apénas salí tropecé con el rector de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (*Siéntase junto á doña Irene.*) Y á todo esto, ¿cómo va?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

DON DIEGO.

¿Y doña Paquita?

DOÑA IRENE.

Doña Paquita siempre acordándose de sus

ionjas. Ya la digo que es tiempo de mudar e bisiesto y pensar sólo en dar gusto á su nadre y obedecerla.

DON DIEGO.

¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuer-a de...

DOÑA IRENE.

¿Que se admira usted? Son niñas... No sa-en lo que quieren, ni lo que aborrecen... En na edad, así tan...

DON DIEGO.

No, poco á poco, eso no. Precisamente en sa edad son las pasiones algo más enérgicas decisivas que en la nuestra, y por cuanto razon se halla todavía imperfecta y débil, os ímpetus del corazon son mucho más vio-ntos... (*Asiendo de una mano á doña Fran-sca, la hace sentar inmediata á él.*) Pero de éras, doña Paquita, ¿se volveria usted al onvento de buena gana?... La verdad.

DOÑA IRENE.

Pero si ella no...

DON DIEGO.

Déjela usted, señora, que ella responderá.

DOÑA FRANCISCA.

Bien sabe usted lo que acabo de decirla... o permita Dios que yo la dé que sentir.

DON DIEGO.

Pero eso lo dice usted tan afligida y...

DOÑA IRENE.

Si es natural, señor. No ve usted que...

DON DIEGO.

Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga usted á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA.

No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

DON DIEGO.

¡Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?... Pues ¿cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... ¿Cuántas veces una desdichada mujer halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tio se empeñaron en regalar á Dios lo que Dios no queria? ¡Eh! No, señor, eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto

se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud... Pero ¿cuál sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante más apetecible que yo? ¡Y en Madrid! ¡figúrese usted en un Madrid!... Lleno de estas ideas me pareció que tal vez hallaría en usted todo cuanto yo deseaba.

DOÑA IRENE.

Y puede usted creer, señor don Diego, que...

DON DIEGO.

Voy á acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero si á pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sujeto más digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro

cuidadillo en su corazon, créame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE.

¿Puedo hablar ya, señor?

DON DIEGO.

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador y sin intérprete.

DOÑA IRENE.

Cuando yo se lo mande.

DON DIEGO.

Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella le toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE.

Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias há, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

DON DIEGO.

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que tiene que ver, sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni

un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apénas le da para comer... pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia y escribe que da gusto... Cuasi toda la carta venía en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

DON DIEGO.

Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

DOÑA IRENE.

Pues ¿no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!... la mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables, y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenías doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Díselo para que se tranquilice, y...

DON DIEGO.

Yo, señora, estoy más tranquilo que usted.

DOÑA IRENE.

Respóndele.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan

DON DIEGO.

No, hija mia: esto es dar alguna expresion á lo que se dice, pero ¡enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

DON DIEGO.

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero sólo que doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor, que lo estoy.

DON DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE.

No, señor, todo al contrario... Boda más á gusto de todos no se pudiera imaginar.

DON DIEGO.

En esa inteligencia puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias, señor don Diego... ¡A una huérna, pobre, desvalida como yo!...

DON DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la haen á usted digna todavía de mayor fortuna.

DOÑA IRENE.

Vén aquí, vén... Vén aquí Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¡Mamá!

Levantase doña Francisca, abraza á su madre, y se acarician mutuamente.)

DOÑA IRENE.

¿Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora.

DOÑA IRENE.

¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo ro pío sino el de verte colocada ántes que falte?

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE.

¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora.

DOÑA IRENE.

¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu adre!

DOÑA FRANCISCA.

Pues qué, ¿no la quiero yo á usted?

DON DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. (*Levantándose don Diego, y despues doña Irene.*) No venga alguno, y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE.

Sí, dice usted bien.

(*Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detras; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.*)

ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita... ¡Eh: chist... señorita...

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Cómo?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Dios! ¿Y qué debo hacer?

RITA.

¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire usted que

en el paraje en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA.

Sí... Él es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolucion. (*Se va al cuarto de doña Irene.*)

DOÑA FRANCISCA.

No, no, que yo tambien... Pero no lo merezco.

ESCENA VII.

DON CÁRLOS *sale por la puerta del foro,* DOÑA FRANCISCA.

DON CÁRLOS.

¡Paquita!... ¡vida mia!... Ya estoy aquí. ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

DOÑA FRANCISCA.

Bien venido.

DON CÁRLOS.

¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada más alegría?

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe usted... sí, bien lo sabe usted... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

DON CÁRLOS.

¿En dónde?

DOÑA FRANCISCA.

Ahí, en ese cuarto.

(*Señalando al cuarto de doña Irene.*)

DON CÁRLOS.

¡Sola!

DOÑA FRANCISCA.

No, señor.

DON CÁRLOS.

Estará en compañía del prometido esposo. (*Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene y vuelve.*) Mejor... Pero ¿no hay nadie más con ella?

DOÑA FRANCISCA.

Nadie más, solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

DON CÁRLOS.

Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted ni... vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

DOÑA FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

DON CÁRLOS.

No importa.

DOÑA FRANCISCA.

Quiere quo esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

DON CÁRLOS.

¿ Cuál ?... No. Eso no.

DOÑA FRANCISCA.

Los dos están de acuerdo, y dicen...

DON CÁRLOS.

Bien... Dirán... Pero no puedé ser.

DOÑA FRANCISCA.

Mi madre no me habla contínuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

DON CÁRLOS.

Y usted ¿qué esperanza le da ?... ¿Ha prometido quererle mucho ?

DOÑA FRANCISCA.

¡ Ingrato ! ¿ Pues no sabe usted que... ¡ Ingrato !

DON CÁRLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA.

Y el último.

DON CÁRLOS.

Y ántes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿Digo bien? (*Asiéndola de las manos.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues de quién ha de ser ?

DON CÁRLOS.

¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me ani-

ma!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quién soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien más que tio debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo más inmediato ni más querido que yo; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

DON CÁRLOS.

Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco más, ni conozco mayor fortuna.

DON CÁRLOS.

Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la

disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

DON CÁRLOS.

Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué habia yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere. (*Se enternece y llora.*)

DON CÁRLOS.

¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

DOÑA FRANCISCA.

¿Es posible?

DON CÁRLOS.

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y sólo la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

RITA, DON CÁRLOS, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted, señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

DON CÁRLOS.

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA.

Ni yo.

DON CÁRLOS.

Hasta mañana. Con la luz del dia verémos á este dichoso competidor.

RITA.

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin. (*Se va por la puerta del foro.*)

DOÑA FRANCISCA.

Hasta mañana.

DON CÁRLOS.

Adios, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Acuéstese usted, y descanse.

DON CÁRLOS.

¿Descansar con celos?

DOÑA FRANCISCA.

¿De quién?

DON CÁRLOS.

Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Dormir con amor?

DON CÁRLOS.

Adios, vida mia.

DOÑA FRANCISCA.

Adios. (*Entrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX.

DON CÁRLOS, *paseándose con inquietud;* CALAMOCHA, RITA.

DON CÁRLOS.

¡Quitármela! No... Sea quien fuere, no me a quitará. Ni su madre ha de ser tan imprulente que se obstine en verificar este matrinonio repugnándolo su hija... mediando yo... Sesenta años!... Precisamente será muy rico... El dinero!... Maldito él sea, que tantos desrdenes origina.

CALAMOCHA, *saliendo por la puerta del foro.*

Pues, señor, tenemos un medio cabrito asalo, y... á lo ménos parece cabrito. Tenemos na magnífica ensalada de berros, sin anapeos ni otra materia extraña, bien lavada, esurrida y condimentada por estas manos peadoras, que no hay más que pedir. Pan de Ieco, vino de la tercia... Con que si hemos

de cenar y dormir, me parece que sería bueno...

DON CÁRLOS.

Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA, *saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*

¿Quién quiere sopas?

DON CÁRLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar. (*Entrase en el cuarto de doña Irene.*)

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

DON CÁRLOS.

¿Con que vamos?

CALAMOCHA.

¡Ay! ay! ay!... (*Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve; se acerca á don Cárlos y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) ¡Eh! chit, digo...

DON CÁRLOS.

¿Qué?

CALAMOCHA.

¿No ve usted lo que viene por allí?

DON CÁRLOS.

¿Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo... Pero ¿quién diablos le...

DON CÁRLOS.

¿Y qué harémos?

CALAMOCHA.

¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir, y... ¿Me da usted licencia para que...

DON CÁRLOS.

Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON (*sale por la puerta del foro*), DON CÁRLOS, CALAMOCHA.

CALAMOCHA.

Simon, ¿tú por aquí?

SIMON.

Adios, Calamocha. ¿Cómo va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMÓN.

¡Cuánto me alegro de...

DON CÁRLOS.

¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad es ésta?

SIMON.

¡Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¡Voto á sanes!

DON CÁRLOS.

¿Y mi tio?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

¿Quién me habia de decir á mí... ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez más guapo... ¿Con que usted irá á ver al tio, eh?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

CALAMOCHA.

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

DON CÁRLOS.

Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir..... ¿No has venido á eso?

SIMON.

¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego más marrullero y más

ocllaco no le hay en toda la campiña... ¿Con que usted viene ahora de Zaragoza?

DON CÁRLOS.

Pues... Figúrate tú.

SIMON.

¿O va usted allá?

DON CÁRLOS.

¿Adónde?

SIMON.

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado le Madrid, ¿no habiamos de haber andado nás de cuatro leguas?

SIMON.

¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y ardan más de cuatro meses en llegar... Debe le ser un camino muy malo.

CALAMOCHA, *aparte separándose de Simon.*

¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

DON CÁRLOS.

Pero áun no me has dicho si mi tio está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

SIMON.

Bien, á eso voy... Sí, señor, voy á decir á usted... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CÁRLOS, SIMON, CALAMOCHA.

DON DIEGO, *desde adentro.*

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(*Don Cárlos se turba y se aparta á un extremo del teatro.*)

DON CÁRLOS.

¡Mi tio!...

DON DIEGO.

¡Simon!

(*Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Cárlos, y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*)

SIMON.

Aquí estoy, señor.

DON CÁRLOS.

¡Todo se ha perdido!

DON DIEGO.

Vamos... Pero... ¿quién es?

SIMON.

Un amigo de usted, señor.

DON CÁRLOS.

Yo estoy muerto.

DON DIEGO.

¿Cómo un amigo?... ¿Qué? Acerca esa luz.

DON CÁRLOS.

¡Tio!

(En ademan de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.)

DON DIEGO.

Quítate de ahí.

DON CÁRLOS.

¡Señor!

DON DIEGO.

Quítate. No sé cómo no le... ¿Qué haces aquí?

DON CÁRLOS.

Si usted se altera y...

DON DIEGO.

¿Qué haces aquí?

DON CÁRLOS.

Mi desgracia me ha traido.

DON DIEGO.

¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (*Acercándose á Don Cárlos.*) ¿Qué dices? ¿De véras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

DON DIEGO.

A tí no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le hará de costar la vida á tu pobre tio.

DON CÁRLOS.

No, señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

DON DIEGO.

Pues, ¿á qué viniste? ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus jefes? Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afan.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es más que...

DON DIEGO.

Ya he dicho que calles... Vén acá. (*Asiendo de una mano á don Cárlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Dime qué ha sido.

DON CÁRLOS.

Una ligereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

DON DIEGO.

¿Y qué otra cosa hay?

DON CÁRLOS.

Nada más, señor.

DON DIEGO.

Pues ¿qué desgracia era aquella de que me hablaste?

DON CÁRLOS.

Ninguna. La de hallarle á usted en este paraje... y haberle disgustado tanto, cuando

yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

DON DIEGO.

¿No hay más?

DON CÁRLOS.

No, señor.

DON DIEGO.

Míralo bien.

DON CÁRLOS.

No, señor... A eso venía. No hay nada más.

DON DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, adios disciplina militar... Vamos.... eso no puede ser...

DON CÁRLOS.

Considere usted, tio, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

DON DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya,

los proteja y les dé ejemplo de subordinacion, de valor, de virtud.

DON CÁRLOS.

Bien está; pero ya he dicho los motivos...

DON DIEGO.

Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tio!... Lo que quiere su tio de usted no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio, y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*Alza la voz y se pasea inquieto.*) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

DON CÁRLOS.

Señor, si...

DON DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

DON DIEGO.

Pues con ellos (*A Calamocha.*) y con las maletas al meson de afuera. Usted (*A don Cárlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*A Calamocha.*) tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (*A Simon.*) ¿Qué dinero tienes ahí?

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas.

(*Saca de un bolsillo algunas monedas y se las da á don Diego.*)

DON DIEGO.

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamocha.*) ¿No he dicho que ha de ser al instante? Volando. Y tú (*A Simon.*) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CÁRLOS.

DON DIEGO.

Tome usted... (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

DON CÁRLOS.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Pues bien: ahora obedece lo que te mando.

DON CÁRLOS.

Lo haré sin falta.

DON DIEGO.

Al meson de afuera. (*A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Cárlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir miéntras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretexto ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

DON CÁRLOS.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Mira, que lo has de hacer.

DON CÁRLOS.

Sí, señor, haré lo que usted manda.

DON DIEGO.

Muy bien... Adios... Todo te lo perdono... Véte con Dios... Y yo sabré tambien cuándo llegas á Zaragoza: no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

DON CÁRLOS.

¿Pues qué hice yo?

DON DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué más quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Véte.

DON CÁRLOS.

Quede usted con Dios. (*Hace que se va, y vuelve.*)

DON DIEGO.

¿Sin besar la mano á su tio, eh?

DON CÁRLOS.

No me atreví. (*Besa la mano á don Diego, y se abrazan.*)

DON DIEGO.

Y dame un abrazo, por si no nos volvemos á ver.

DON CÁRLOS.

¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

DON DIEGO.

¿Quién sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

DON CÁRLOS.

No, señor, ahora no.

DON DIEGO.

Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de órden mia. Y mira cómo los gastas... ¿Juegas?

DON CÁRLOS.

No, señor, en mi vida.

DON DIEGO.

Cuidado con eso... Con que, buen viaje. Y no te acalores: jornadas regulares y nada más... ¿Vas contento?

DON CÁRLOS.

No, señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios y yo le pago mal.

DON DIEGO.

No se hable ya de lo pasado... Adios...

DON CÁRLOS.

¿ Queda usted enojado conmigo ?

DON DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me des que sentir. (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

DON CÁRLOS.

No lo dude usted.

DON DIEGO.

Como oficial de honor.

DON CÁRLOS.

Así lo prometo.

DON DIEGO.

Adios, Cárlos. (*Abrazándose.*)

DON CÁRLOS, *aparte, al irse por la puerta del foro.*

¡ Y la dejo !... ¡ Y la pierdo para siempre !

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luégo lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, que... Despues de hecho, no importa nada... ¡ Pero siempre aquel respeto al tio !... Como una malva es.

(*Se enjuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.*)

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(*Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*)

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

DOÑA FRANCISCA.

¡ Un camino tan largo !

RITA.

¡ A lo que obliga el amor, señorita !

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien puedes decirlo : amor... Y yo ¿qué no hiciera por él ?

RITA.

Y deje usted, que no ha de ser éste el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entónces será ella. ¡ El pobre don Diego ¡ qué chasco se va á llevar ! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima.

DOÑA FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia. Pero ya es otro

tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la más dichosa de las mujeres.

RITA.

¡Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿A qué vas?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

DOÑA FRANCISCA.

Si, tráele, no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

RITA.

Sí, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina que...

DOÑA FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé donde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA XV.

SIMON (*sale por la puerta del foro*), DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Los arrieros?

SIMON.

No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiénes dice usted que son?

SIMON.

Un teniente coronel y su asistente.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y estaban aquí?

SIMON.

Sí, señora, en ese cuarto.

DOÑA FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de Don Diego.*)

ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?.. No puedo sostenerme... ¡Desdichada!

(*Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa; abre la puerta del cuarto de don Cárlos y vuelve.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, que es cierto!.. ¿Tú lo sabes tambien?

RITA.

Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... ¿Pero cómo podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y eran ellos?

RITA.

Sí, señora, los dos.

DOÑA FRANCISCA.

Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por puerta de Mártires... Como está un paso de aquí...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y es ése el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

DOÑA FRANCISCA.

¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

RITA.

¡Señorita!

DOÑA FRANCISCA.

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo á descubrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no le quise más que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio no me parece natural... Celos... ¿Por qué ha de tener celos? Y áun eso mismo debiera enamorarlo más... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA.

Te cansas en vano... Dí que es un pérfido, dí que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir álguien, y...

DOÑA FRANCISCA.

Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situacion me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

RITA.

Sí, señora, ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!.. ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardon?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(*Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca éste!... Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (*Simon se despierta, y al oir á don Diego se incorpora, y se levanta.*) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

Qué, ¿estaba usted ahí, señor?

DON DIEGO.

Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

DON DIEGO.

¡Mala comparacion!... Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?

DON DIEGO.

Poco há que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

¡Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

DON DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé! ¡qué triste!

DON DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

DON DIEGO.

¿No ves qué venida tan intempestiva?

SIMON.

Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos,

hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿ eh?

DON DIEGO.

¡No, qué! No, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ánsia en el corazon. (*Suenan á lo léjos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.*) ¿ Qué ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

DON DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, segun parece.

DON DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

DON DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos... (*Tocan una sonata desde adentro.*) Pues dígole á usted que

toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

DON DIEGO.

No; no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMON.

¿Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver...

DON DIEGO.

No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... No gusto yo de incomodar á nadie.

(*Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado, y observan.*)

SIMON.

¡Señor!... ¡Eh!!... Presto, aquí á un ladito.

DON DIEGO.

¿Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

DON DIEGO.

¿Sí?... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Con tiento, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Siguiendo la pared ¿no voy bien?

(*Vuelven á probar el instrumento.*)

RITA.

Sí, señora..... Pero vuelven á tocar..... Silencio.

DOÑA FRANCISCA.

No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

RITA.

¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

DOÑA FRANCISCA.

Calla... (*Repiten desde adentro la sonata anterior.*) Sí. él es... ¡Dios mio! (*Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.*) Ve, responde... Albricias, corazon. Él es.

SIMON.

¿Ha oido usted?

DON DIEGO.

Sí.

SIMON.

¿Qué querrá decir esto?

DON DIEGO.

Calla.

DOÑA FRANCISCA.

(*Se asoma á la ventana. Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las*

interrupciones más ó ménos largas que deben hacerse.)

Yo soy. Y ¿qué habia de pensar viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es ésta?... Rita (*Apartándose de la ventana, y vuelve despues.*), amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí! Bien está, tirela usted... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á usted tan tímido... (*Tiran desde adentro una carta, que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola, vuelve á asomarse.*) No, no la he cogido; pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el dia los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... Y ¿cómo le parece á usted que estará el mio?... No me cabe en el pecho... diga usted.

(*Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.*)

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA.

Vamos... (*Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de Doña Francisca.*) ¡Ay!

DOÑA FRANCISCA.

¡Muerta voy!

ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

¡Qué grito fué ése?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

DON DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMON (*Tentando por el suelo cerca de la ventana.*)

No encuentro nada, señor.

DON DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

¿Le tiraron desde la calle?

DON DIEGO.

Sí... ¿Qué amante es éste?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON.

Aquí está. (*Halla la carta, y se la da á don Diego.*)

DON DIEGO.

Véto abajo, y enciende una luz... En la caballeriza ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante.

(*Vase Simon por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

DON DIEGO.

Y á quién debo culpar? (*Apoyándose en el respaldo de una silla.*) ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo?... ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por más que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometia!... ¡Celos!... ¿Yo?... ¡En qué edad tengo celos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento; esta indignacion, estos deseos de venganza, ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (*Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.*) Sí.

ESCENA V.

RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Ya se han ido... (*Rita observa, escucha, asómase á la ventana, y busca la carta por el suelo.*) ¡Válgame Dios!... El papel estará muy

bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz...

(*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

RITA.

¡Perdida soy!

DON DIEGO, *acercándose.*

¡Rita! ¿Pues tú aquí?

RITA.

Sí, señor, porque...

DON DIEGO.

¿Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba... Yo le diré á usted... Porque oimos un ruido tan grande...

SIMON.

¿Sí, eh?

RITA.

Cierto... Un ruido y... mire usted (*Alza la jaula que está en el suelo.*), era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON.

Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato?...

RITA.

Se le hubiera comido.

(*Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*)

SIMON.

Y sin pebre... ni plumas hubiera dejado.

DON DIEGO.

Tráeme esa luz.

RITA.

¡Ah! Deje usted, encenderémos ésta (*Enciende la vela que está sobre la mesa.*), que ya lo que no se ha dormido...

DON DIEGO.

¿Y doña Paquita, duerme?

RITA.

Sí, señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

DON DIEGO.

Vamos.

(*Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ha parecido el papel?

RITA.

No, señora.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles.

(*Rita coge la luz, y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*)

DOÑA FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

RITA.

Yo no lo encuentro, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo ménos por aquí...

DOÑA FRANCISCA.

Yo estoy loca. (*Siéntase.*)

RITA.

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

DOÑA FRANCISCA.

Cuando iba á hacerlo me avisaste, y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que le habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas mujeres!... Cásenla!... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon... perdon de haberle querido tanto!

RITA.

¡Ay, señorita (*Mirando hácia el cuarto de don Diego.*), que parece que salen ya!

DOÑA FRANCISCA.

No importa, déjame.

RITA.

Pero si don Diego la ve á usted de esa manera...

DOÑA FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

DON DIEGO, SIMON, DOÑA FRANCISCA, RITA.

SIMON.

Voy enterado, no es menester más.

DON DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, miéntras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Con que vete, no se pierda tiempo.

(*Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.*)

SIMON.

Voy allá.

DON DIEGO.

Mucho se madruga, doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor.

DON DIEGO.

¿Ha llamado ya doña Irene?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

DON DIEGO.

¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor. ¿Y usted?

DON DIEGO.

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

DON DIEGO.

¿Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA.

Alguna cosa.

DON DIEGO.

¿Qué siente usted? (*Siéntase junto á doña Francisca.*)

DOÑA FRANCISCA.

No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

DON DIEGO.

Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Pues ¿por qué no hace usted más confian-

za de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazon?

DOÑA FRANCISCA.

Porque eso mismo me obliga á callar.

DON DIEGO.

Eso quiere decir que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.

No, señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

DON DIEGO.

Pues ¿de quién, hija mia?... Venga usted acá... (*Acércase más.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion. Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se le propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

DOÑA FRANCISCA.

Ni con otro.

DON DIEGO.

¿Será posible que usted no conozca otro más amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor; no, señor.

DON DIEGO.

Mírelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.

¿No le digo á usted que no?

DON DIEGO.

¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida más...

DOÑA FRANCISCA.

Tampoco, no señor... Nunca he pensado así.

DON DIEGO.

No tengo empeño de saber más... Pero de todo lo que acabo de oir resulta una gravísima contradiccion. Usted no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apénas le reconozco? ¿Son éstas las señales de quererme exclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor? (*Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del dia.*)

DOÑA FRANCISCA.

Y ¿qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

DON DIEGO.

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones; si apresuro las diligencias de nuestra union; si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

DON DIEGO.

¿Y despues, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.

Despues... y miéntras me dure la vida seré mujer de bien.

DON DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dichas para mí! Ya se acabaron.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DOÑA FRANCISCA.

Nunca diré por qué.

DON DIEGO.

Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.

Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DON DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegarémos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi mujer.

DOÑA FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

DON DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Hé aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas luégo que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obs-

tinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, ménos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten; con tal que finjan aborrecer lo que más desean; con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho más grande.

DON DIEGO.

Sea cual fuere, hija mia, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio!

DON DIEGO.

Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta. ¡Mire usted qué desórden éste! ¡qué agitacion! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de pre-

sentarse así..... con cierta serenidad y..... eh?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?

DON DIEGO.

Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase... ¡criatura! en la situacion dolorosa en que la veo? (*Asiéndola de las manos.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿De véras?

DON DIEGO.

Mal conoce usted mi corazon.

DOÑA FRANCISCA.

Bien le conozco.

(*Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.*)

DON DIEGO.

¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

DON DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demas, todo ha

sido... ¿qué sé yo? una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.

Vamos... ¿No viene usted?

DON DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándola las manos.*)

DON DIEGO.

Sí, presto iré.

ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

SIMON.

Ahí están, señor.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Cuando yo salia de la puerta, los vi á lo léjos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo; se detuvieron, y apénas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisára yo, por si acaso habia gente aquí y usted no queria que le viesen.

DON DIEGO.

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasion el verle así, tan...

DON DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

¿Yo, señor?

DON DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasion!... Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

DON DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, señor.

(*Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.*)

DON DIEGO.

Dile que suba.

ESCENA X.

DON CARLOS, DON DIEGO.

DON DIEGO.

Venga usted acá, señorito, venga usted...

¿En dónde ha estado usted desde que no nos vemos?

DON CÁRLOS.

En el meson de afuera.

DON DIEGO.

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

DON CÁRLOS.

Sí, señor; entré en la ciudad, y...

DON DIEGO.

¿A qué?... Siéntese usted.

DON CÁRLOS.

Tenía precision de hablar con un sujeto... (*Siéntase.*)

DON DIEGO.

¡Precision!

DON CÁRLOS.

Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

DON DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

(*Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Cárlos, luégo que le reconoce, se vuelve y se levanta en ademan de irse.*)

DON CÁRLOS.

Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedarémos contentos?

DON DIEGO.

Quiere saber su tio de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

DON CÁRLOS.

¿Para qué saber más?

DON DIEGO.

Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!

DON CÁRLOS.

Bien está.

DON DIEGO.

Siéntate ahí... (*Siéntase don Cárlos.*) ¿En dónde has conocido á esa niña?... ¿Qué amor es éste? ¿Qué circunstancias han ocurrido?... ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

DON CÁRLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento para que se esparciese un

poco... Yo no sé qué vi en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El intendente dijo, entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luégo concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de usted... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á usted refiriéndole...

DON DIEGO.

Prosigue.

DON CÁRLOS.

Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las más ingeniosas para que ninguno de su familia extrañára mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venía de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que miéntras viva me hará infeliz.

DON DIEGO.

Vaya... Vamos, sigue adelante.

DON CÁRLOS.

Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura y conoce el mundo), con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fuí para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis jefes y hombre de honor. Nunca la dije más, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise exponerla á que las miras de interes, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé más fina, más hermosa, más digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fuí ciego de amor adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias há, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí; me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Mon-

té á caballo, corrí precipitado al camino, llegué á Guadalajara, no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe usted, no hay para qué decírselo.

DON DIEGO.

¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

DON CÁRLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus piés, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Sólo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

DON DIEGO.

Pues ya ves, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

DON CÁRLOS.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que...

DON CÁRLOS.

Pero no el corazon. (*Levántase.*)

DON DIEGO.

¿Qué dices?

DON CÁRLOS.

No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamas el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

DON DIEGO.

¿Qué temeridad es ésta?

(*Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia don Cárlos, el cual se va retirando.*)

DON CÁRLOS.

Ya se lo dije á usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz, y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue á lo ménos el consuelo de saber que usted me perdona.

DON DIEGO.

¿Con que en efecto te vas?

DON CÁRLOS.

Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DON CÁRLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegáran á verificar... entónces...

DON DIEGO.

¿Qué quieres decir?

(*Asiendo de un brazo á don Cárlos, le hace venir más adelante.*)

DON CÁRLOS.

Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

DON DIEGO.

¡Cárlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazon para decírmelo?

DON CÁRLOS.

Alguien viene... (*Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademan de irse por la puerta del foro. Don Diego va detras de él y quiere impedírselo.*) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

DON DIEGO.

¿A dónde vas?... No, señor, no has de irte.

DON CÁRLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

DON DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

DON CÁRLOS.

Pero sí...

DON DIEGO.

Haz lo que te mando.

(*Entrase don Cárlos en el cuarto de don Diego.*)

ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Conque, señor don Diego, ¿ es ya la de vámonos? Buenos dias... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*) ¿Reza usted?

DON DIEGO, *paseándose con inquietud.*

Sí, para rezar estoy ahora.

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero, ¿ qué tiene usted, señor?... ¿ Hay alguna novedad?

DON DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué... Dígalo usted por Dios... ¡ Vaya, vaya! No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remuevo toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entónces, ya digo,

cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido; de manera que...

DON DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa más importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE.

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela y no haya detencion.

DON DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo diga; y cuenta, no nos abandone el juicio cuando más lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

DOÑA IRENE.

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí, señor, que lo está; y bastaba que yo lo dijese para que...

DON DIEGO.

¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

Bien, vamos, hable usted.

DON DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE.

¿Qué dice usted?

DON DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

Pero ¿quién le ha contado á usted esos disparates?

DON DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado; y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ése?

DOÑA IRENE, *llorando.*

¡Pobre de mí!

DON DIEGO.

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE.

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DON DIEGO.

Señora doña Irene...

DOÑA IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de està manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

DON DIEGO.

Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

DOÑA IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno, y un dia del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Cármen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

DON DIEGO.

Pero ¿es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirla?

DOÑA IRENE.

¡Ay! no, señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Usted ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

DON DIEGO.

Señora doña Irene, hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luégo que usted sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE.

Diga usted lo que le dé la gana.

DON DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar y á...

DOÑA IRENE.

No, señor, ya no lloro.

(*Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.*)

DON DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco más ó ménos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, léjos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

DOÑA IRENE.

Pero ¿no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

DON DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No, señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE.

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento, ayunando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas religiosas! ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncision... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

DON DIEGO.

Aquí no se trata de ningun desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habiamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncision, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razon.

(*Saca el papel de don Cárlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.*)

DOÑA IRENE.

¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Vírgen del Tremedal! ¡Rita! ¡Francisca!

DON DIEGO.

Pero ¿á qué es llamarlas?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

DON DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

RITA.

¡Señora!

DOÑA FRANCISCA.

¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE.

Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son èstos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?... (*Presentando el papel abierto á doña Francisca.*)

RITA, *aparte á doña Francisca.*

Su letra es.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

DON DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.*) No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme usted ese papel... (*Quitándola el papel de las manos á doña Irene.*) Paquita,

ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

Miéntras viva me acordaré.

DON DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (*Lee.*) «Bien mio; si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apénas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé como no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Cárlos, no don Félix... Don Diego es mi tio. Viva usted dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo. —*Cárlos de Urbina.*

DOÑA IRENE.

¿Con que hay eso?

DOÑA FRANCISCA.

¡Triste de mí!

DOÑA IRENE.

¿Con que es verdad lo que decia el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina hacia doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Madre!... Perdon.

DOÑA IRENE.

No, señor, que la he de matar.

DON DIEGO.

¿Qué locura es ésta?

DOÑA IRENE.

He de matarla.

ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

DON CÁRLOS.

Eso no... (*Sale don Cárlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.

¡Cárlos!

DON CÁRLOS, *acercándose á don Diego.*

Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.

¿Qué es lo que me sucede, Dios mio?... ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son éstas? ¡Qué escándalo!

DON DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien

su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Cárlos... No importa... Abraza á tu mujer.

(*Don Carlos va adonde está doña Francisca, se abrazan y ambos se arrodillan á los piés de don Diego.*)

DOÑA IRENE.

¿Con que su sobrino de usted?

DON DIEGO.

Sí, señora, mi sobrino, que con sus palmadas, y su músiea, y su papel me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos mios, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Conque usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí.

(*Los hace levantar con expresiones de ternura.*)

DOÑA IRENE.

¿Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio?...

DON DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Cárlos!... Paquita!... ¡Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer! Porque, al fin soy hombre miserable y débil.

DON CARLOS, (*Besándole las manos.*)

Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.

¡Con que el bueno de don Cárlos! Vaya que...

DON DIEGO.

Él y su hija de usted estaban locos de amor, miéntras usted y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece; éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle... (*Abrázanse don Carlos y doña Irene, doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo muy galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pero ves qué alegria tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO.

Paquita hermosa (*Abraza á doña Francisca.*), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Cárlos.*) seréis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquél es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CÁRLOS.

¡Bendita sea tanta bondad!

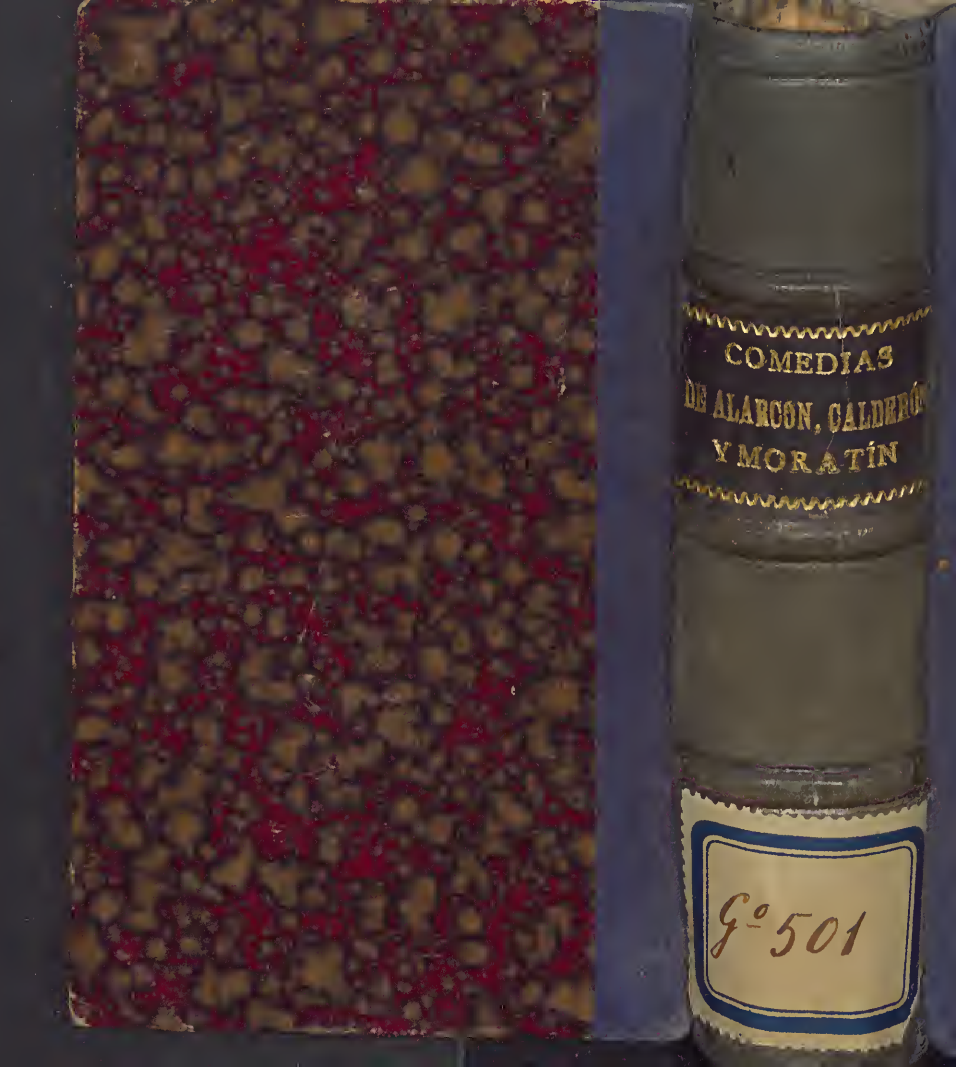
DON DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
La Comedia nueva..	5
El Sí de las niñas.	75


COMEDIAS
DE ALARCÓN, CALDERÓN
Y MORATÍN
G.º 501